

EN TORNO A LOS PROBLEMAS ÉTNICOS EN
LA ARQUEOLOGÍA REGIONAL: LA CUENCA
DEL ALTO LERMA EN EL POSCLÁSICO
(Parte I: consideraciones teóricas)

Yoko Sugiura Y.

Instituto de Investigaciones Antropológicas - UNAM

UN ANÁLISIS RETROSPECTIVO DEL CONCEPTO *ETNIA*

Etnia y términos afines como etnicidad, identidad étnica, grupos étnicos y otros, aparecen frecuentemente mencionados de manera poco precisa, en los escritos antropológicos, sociológicos, geográficos y de otras ciencias sociales. En la mayoría de los casos, se da por sentado su contenido, y no se considera necesario delimitar cómo se entiende el término en concreto. Esta carencia de claridad ha provocado a menudo confusiones insalvables en torno al tema, más patentes aún en los numerosos relatos escritos después de la consumación de la conquista española. En ellos, aunque no aparece el término como tal, se utiliza implícitamente como sinónimo de grupos lingüísticos o de alguna formación política concreta, cuyo seno está conformado por agrupaciones multiétnicas. Todo ello ha dificultado una correcta explicación y entendimiento de los discursos históricos en el México prehispánico. El mismo tipo de confusiones y vaguedades abundan también en los estudios etnohistóricos, basados primordialmente en las crónicas de la posconquista.

Visto retrospectivamente, el uso del término "étnico" se resume en una actitud generalizada, carente de rigor conceptual que ha provocado no sólo ambigüedades, sino hasta incompatibilidades y aun contradicciones teóricas. La arqueología mesoamericana no ha escapado a deficiencias similares, puesto que se apoya

fundamentalmente en los datos fragmentarios del pasado aparentemente "mudo", y en ocasiones distorsionado. Frecuentemente, se utilizan de manera implícita, inconsciente o con ligereza pronunciada, términos que si bien están íntimamente relacionados, representan conceptos diferentes. De este modo, suelen emplearse aquellos nombres preestablecidos para designar grupos lingüísticos o de formación sociopolítica ya previamente establecidos, sin antes cuestionar su precisión. Esto ha conducido a apreciaciones erróneas, frecuentemente nocivas, con respecto al análisis histórico del desarrollo de las sociedades prehispánicas.

El problema fundamental, ciertamente, tiene una profundidad de grandes dimensiones. El cuestionamiento en torno a la etnia tiene una larga historia en diversos campos de las ciencias sociales como la antropología, la sociología, y las ciencias políticas, entre otras. No obstante, cabe hacer notar, de acuerdo con la afirmación de Medina (1988), que es relativamente reciente, como consecuencia de la Revolución Mexicana, el cuestionar de manera consciente el problema étnico en México. Paralelamente a los cambios epistemológicos, se han seguido caminos sinuosos; se han ido cambiando las perspectivas teóricas y metodológicas; y se han planteado un sinnúmero de proposiciones que albergan puntos de vista no sólo heterogéneos sino hasta contradictorios. Sin embargo, se reafirma lo dicho por Medina de que las batallas, aunque un tanto infructuosas, emprendidas para dar una solidez sistemática y teórica referente a la realidad étnica, han sido ciertamente tendencias recientes. Y aún estamos lejos de alcanzar un resultado merecedor.

Ante todo, no hay que olvidar que los problemas étnicos son, en su esencia, fenómenos sociales multidimensionales. Si bien se ha gastado una enorme cantidad de papel y tinta respecto al tema, como lo revela la larga lista bibliográfica publicada por Lockwood en 1977, los estudios se han enfocado primordialmente en aspectos como: etnia en relación con naciones o nacionalismos, etnia desde una perspectiva asimilacionista, que pretende integrar grupos minoritarios; o desde una posición pluralista: etnia en relación con el estado, etnia desde un enfoque etnológico, y sobre todo acerca de las tribus actuales; etnia en relación con su aspecto biológico, entre otros.

Los nuevos estudios a partir de la fecha mencionada nos han

presentado un panorama aún más complejo. En efecto, el problema étnico, junto con otros temas como el de cultura y relaciones de parentesco, constituye uno de los puntos centrales en los quehaceres antropológicos. La dicotomía entre "nosotros" y "ellos", que es el punto de arranque de la concepción de etnia, constituye la parte ontológica medular de algunos aspectos de la vida humana. Precisamente por esto, los intentos por esclarecer y profundizar en el tema han sido incesantes. Paradójicamente, al incrementar cada día la búsqueda e inquietudes en torno al problema, nos alejamos, cada vez más, de la posibilidad de hacer converger diferentes concepciones hacia un consenso general.

Dada precisamente la complejidad que caracteriza los términos como etnia, etnicidad, grupos étnicos, etcétera, se nos dificulta un desarrollo teórico-metodológico mutuamente compatible. Consecuentemente, han sido y serán poco fructíferos los intentos por establecer variables universales que delimiten el concepto. Acerca de este punto, Bate (1984) señala lo esencial del problema étnico al puntualizar que la etnia, como parte de la realidad histórica, a su vez constituida por una concreción multideterminada, se manifiesta en una complejidad fenoménica. Esta misma característica ha favorecido el planteamiento de una gran diversidad de formulaciones teóricas, metodológicas y definiciones terminológicas, de tal suerte que aun dentro de una misma corriente teórico-ideológica se han observado diferencias sustanciales. Obviamente, esto se acentúa aún más entre diversas corrientes y posiciones teóricas. De este modo, los intentos por enumerar los atributos ideales que definen el concepto de etnia han fracasado. Los resultados concomitantes, como dice Isaacs (1974: 17), son las marcadas vaguedades e imprecisiones en torno al problema. Muchas veces, las definiciones caen en una generalización demasiado confusa, sin significado sustantivo, o por el contrario, resultan ser tan específicas y limitadas, que se vuelven inaplicables. De todas formas, no dejan de ser elusivas y borrosas (Parsons 1975).

Cabe enfatizar que los estudios realizados en torno al tema étnico no suelen aportar definiciones que delimiten las diferencias entre términos como etnia, etnicidad, grupos étnicos e identidad étnica. En la literatura inglesa referente al tema, se ha hablado de etnicidad, identidad étnica, grupos étnicos y frontera étnica, entre otros. Sin embargo, llama la atención la ausencia de la palabra "et-

nia", mientras en los estudios llevados a cabo en América Latina, sobre todo en México, el término se emplea aparentemente como sinónimo de grupos étnicos o de minorías étnicas. Lo que indica que estos cuatro términos se han utilizado en forma indiscriminada e intercambiable.

Etnia, a mi juicio, es un concepto globalizador que se sustantiva por su etnicidad, la cual, a su vez, se materializa en los grupos étnicos. Como hemos descrito anteriormente, el concepto de etnia y los aspectos centrales referentes a ella no se desarrollan en la vacuidad. Estos aspectos están inherentemente condicionados, como toda dimensión social, por sus contextos históricos determinados. Shermerhorn (1978: 93) puntualiza, al citar las palabras de Harsanyi: "el hecho de que el sistema social sea dinámico implica que todos los problemas en ciencias sociales tengan una dimensión esencialmente histórica y que, en efecto, la tarea principal de estas disciplinas científicas es explicar desarrollos históricos."

Ahora bien, para dilucidar algunos aspectos poco claros en torno al problema étnico, considero ineludible realizar un análisis retrospectivo acerca de los estudios étnicos en diversas disciplinas de las ciencias sociales. En discusiones de carácter tan heterogéneo y frecuentemente incompatible, sobresalen dos puntos centrales para entender el concepto de etnia: etnicidad y grupos étnicos. El primero ha sido tratado bajo perspectivas muy diferentes. Algunos autores como Gandonu (1978: 244) se inclinan, de plano, por abandonarlo. Este autor lo sustituye por el uso exclusivo del término "grupo étnico", puesto que la etnicidad es un término para describir grupos humanos con base en su lenguaje, identidad territorial, descendencia común, afinidad cultural, etcétera, pero finalmente con nociones poco precisas. Para él la etnicidad es simplemente sinónimo de grupo étnico. Una concepción similar fue presentada por Díaz Polanco (1981), quien la define como un conjunto de elementos que caracterizan al grupo social (citado por Valiñas 1986: 19). Por otro lado, Schermerhorn (1978: xiv) plantea una definición más convincente, de acuerdo con la cual la etnicidad se concibe como un término sintético, por la fusión de componentes y atributos que constituyen la naturaleza de cualquier grupo étnico. Precisamente, el carácter multidimensional de etnicidad requiere de la especificación conceptual y operacional de acuerdo con los objetivos particulares de cada estudio (Obidinski

1978: 226). Al mismo tiempo, tenemos que tratarla con un gran sentido crítico con respecto a su nivel de abstracción. Si no se tienen claras las definiciones teóricas y operacionales, la extrapolación y extralimitación de los casos determinados carecen de sustentación.

Dado que se constituye como parte de la realidad histórica, la etnicidad no es una cualidad absoluta cuya presencia o ausencia defina a un grupo determinado, sino más bien una variable compuesta, sensible a cambios y, por lo tanto, relativa al tiempo y al espacio (Schermerhorn 1974: 2).

Un gran número de investigadores concuerda esencialmente con esta definición de Schermerhorn, aunque, cabe señalar, que cada autor selecciona las variables específicas, de acuerdo con los objetivos trazados. Por ejemplo Schermerhorn propone como elementos constituyentes de la etnicidad los atributos como: valores compartidos, creencias, normas, gustos, conciencia de pertenecer a un grupo determinado, tradiciones compartidas, ciertas relaciones estructurales en el interior del grupo. Howard (1980), aunque la define en un nivel más estrecho, la concibe de manera similar a la de Schermerhorn, en términos de una variable sujeta a cambios y como un proceso creativo. Para éste y algunos otros autores (Howard 1980, Despres 1975, Bennett 1975, Hodder 1979), la etnicidad es una parte constitutiva de la dialéctica entre la vida política y la económica. Por lo tanto, concierne específicamente con el uso sociopolítico de los símbolos que suponen tener vínculos con los rasgos culturales distintivos. En el caso de los mayas kekchi y los mopán de Belice, que estudió Howard, los factores políticos y económicos juegan una importancia primordial para definir su etnicidad. En cambio, los rasgos culturales tienen un significado secundario. Para Howard, éstos sólo pueden ser "explicados" en relación con las variables anteriormente mencionadas (Howard 1980: 119-120). Otros autores, como Khleif (1979) y Allen (1983), secundan el planteamiento de Howard en el sentido de que los factores políticos y económicos constituyen la variable central de etnicidad, puesto que ésta se define como un fenómeno político.

Otros autores como Robbins (1975) siguen el planteamiento tradicional al enfatizar la importancia de aspectos culturales. Para ellos, la etnicidad es un valor cultural o ideológico o una serie de percepciones que manifiesta un grupo de hombres con respecto

a sí mismo. Bajo esta suposición, la etnicidad se conforma con la identificación de normas culturales compartidas entre los miembros del grupo. Estas, por regla general, se manifiestan de un modo patente y son reconocidas por sus integrantes (Robbins 1975: 287).

A su vez, las discusiones en torno a la etnicidad se han centrado alrededor de dos perspectivas dicotómicas; es decir, algunos autores se inclinan a caracterizarla por sus contenidos objetivos; mientras que otros por sus percepciones ideológicas subjetivas (Peterson Royce, 1982: 8). La primera, la tradicional, queda representada por Narroll (1964) y Bennett (1975), entre otros. Bajo esta perspectiva, la etnicidad se concibe como un fenómeno real y consiste en una serie de atributos o elementos culturales explícitos, mismos que un grupo determinado comparte de manera homogénea, y que sirven para señalar su identidad o pertenencia al grupo.

Es patente que los atributos específicos que definen la etnicidad concreta han sido numerosos y variados. El número y tipos de elementos varían de un autor a otro, conforme a las perspectivas teóricas y los objetivos específicos de cada estudio. Por ejemplo, numerosos autores han atribuido un espacio singular al lenguaje (Apte 1978: 230, Bonfil 1981: 29, Varese 1978: 44). Éste no sólo funciona como un sistema codificado de comunicación, sino también "tiene un papel estratégico en las luchas por la supervivencia y el futuro étnico" (Varese 1978: 44, citado por Bonfil 1981: 31).

Tradicionalmente se ha señalado que el fenotipo era una categoría *sine qua non* de etnicidad (Gordon 1964); sin embargo, en la actualidad, un gran número de autores antepone otros indicadores como lenguaje: institución social, religión, y en otros casos el factor físico (Bromley 1978: 17-18, Montagu 1962). Hay que añadir que algunos autores han tratado de definir la etnicidad a partir de una perspectiva subjetiva como un proceso mediante el cual un individuo se identifica a sí mismo, diferenciándose de otros y, a su vez, diferenciado por otros. Este proceso de identidad se realiza, también, al manifestar su pertenencia o adscripción a un grupo específico (Isajiw 1974: 115, Barth 1969, Salo 1979, Shibutani y Kwan 1965, Glazer y Moynihan 1975, DeVos 1975: 16). Esta posición se manifiesta más tajantemente en la definición weberiana que resalta la importancia de una creencia subjetiva en ascenden-

cias comunes reflejadas en los tipos físicos, costumbres y lenguajes o por sus memorias de colonización o de inmigración. Weber señala que esta creencia fue fundamental para que se propagara la formación de los grupos étnicos (Weber 1968).

Barth (1969), ciertamente ha abierto nuevas dimensiones en cuestiones étnicas, no obstante que su planteamiento siga fundamentalmente este lineamiento psicologista: concibe la etnicidad como un proceso, esencialmente subjetivo, que identifica sus *estatus* sociales y adscritos. Para Barth, la identidad étnica tiene la función de resaltar la dicotomía entre "nostros" y "ellos", con el fin de establecer y proseguir sus mecanismos de interacción. Las características culturales concretas pueden transformarse bajo diversas circunstancias (Barth 1969: 14), por lo cual sería erróneo definir la etnicidad específicamente a partir de sus contenidos culturales. Aunque ciertas categorías étnicas están vinculadas a los indicadores culturales, la relación entre unidades étnicas y sus similitudes o diferencias culturales no es correlativa ni proporcional, pues los elementos que sirven para definir la etnicidad no son la suma de las variables concretas, sino aquéllas consideradas como significativas por los miembros del grupo específico. Desde esta perspectiva, es acertada la crítica de Barth (1969: 11) con respecto a la concepción estática de Narroll basada en sus contenidos. Este autor señala que la definición de Narroll sólo nos presenta un modelo de tipo ideal y universal al que se recurre en forma empírica. De tal manera, puede calificarse como una visión preconcebida que no explica cuáles serían los factores significativos en los procesos de génesis, estructuración y función de tales grupos.

Ahora bien, al contrario de lo expuesto por Barth, la concepción psicologista de la etnicidad como un proceso dual, es decir, por un lado la identificación de un individuo a un grupo determinado y, por el otro, la contraposición de uno frente a otros grupos, no necesariamente excluye las manifestaciones culturales concretas. Si la identificación con un grupo determinado está intrínsecamente entrelazada con patrones y expresiones culturales, ésta tiene supuestamente una base en los procesos objetivos y no subjetivos del grupo (Isajiw 1974: 120).

El problema fundamental no radica en el simple hecho de que la etnicidad tenga expresiones culturales concretas o no. Tampoco es cuestión de enumerar todos los atributos posibles sino, de

acuerdo con los objetivos de cada estudio, buscar y aislar las variables que sirven para definir la etnicidad en casos concretos. Aún más, como dice Obidinski (1978: 215), las funciones psicológicas de etnicidad describen las consecuencias más que los procesos étnicos en sí. De hecho, la tendencia en los estudios étnicos recientes, sobre todo a partir de Barth (1969), se encamina hacia una concepción de etnicidad que incorpora tanto las categorías objetivas como las subjetivas.

En todo caso, como Isajiw (1974: 119) nos advierte, el objetivo de una definición buena no consiste en identificar el mayor número de atributos de los fenómenos estudiados, sino en especificar el menor número en los cuales una mayor variedad de propiedades se encuentran incluidas. Éstas, además, deben señalar cuáles se excluyen.

Como toda dimensión social, la etnicidad en concreto no se define mediante variables universales, aislándolas de sus contextos históricos y geográficos. El énfasis en algunos atributos específicos varía no sólo de grupo a grupo y de tiempo a tiempo (Spicer 1972: 25), sino también de un estudio a otro, puesto que la etnicidad es un concepto sintético. En él intervienen diversos factores como presión externa, limitaciones, adaptaciones internas, patrones socioculturales (Howard 1980: 120), competencias sobre los recursos estratégicos (Despres 1975, Skinner 1975, Barth 1969: 29, Haaland 1969, Knutsson 1969, Siverts 1969), relaciones interétnicas (Barth 1969), etcétera.

De manera sucinta, podemos resumir los intentos por teorizar el problema étnico en el pasado, fundamentalmente en lo siguiente. Durante varias décadas, la corriente asimilacionista ha mantenido el papel directriz en los estudios étnicos, sobre todo en los Estados Unidos. Desde esta perspectiva, es lógico argumentar que las diferencias étnicas siguen un proceso de disolución (Gordon 1964). Por otra parte, los mismos fenómenos han sido analizados bajo una visión pluralista, enfatizando que, al contrario de lo especulado por los asimilacionistas, persiste la tendencia a retener la idiosincracia étnica. De todas formas, ambas corrientes conciben la etnicidad como una categoría más bien estática, lo que oscurece los intentos por esclarecer el tema mencionado.

Independientemente de que uno no esté de acuerdo en todo, son acertadas las críticas de Barth en cuanto a la forma con la que

se trató, hasta entonces, el problema étnico. A partir de la publicación del libro *Ethnic Groups and Boundaries* en 1969, editado también por el propio Barth, se abrió una dimensión nueva, que enfatizaba el carácter procesual y sensible de lo étnico, a su especificidad histórica. Desde entonces, se ha rechazado la concepción tradicional de etnicidad definida esencialmente por sus contenidos culturales estáticos (Despres 1975, Horowitz 1975, Lyman y Douglass 1973, Padgett 1980: 56), los cuales no permitían penetrar en cuestiones como etnogénesis, proceso de persistencia e integración étnica.

Desde esta visión dinámica y procesual, es imperativo aislar las variables que, en cada caso particular, tengan significado para delimitar la etnicidad; en otras palabras, definir qué símbolos, objetivos o subjetivos, se manipulan estratégicamente para resaltar una identidad étnica concreta, ya que el significado de estos símbolos puede variar de un caso a otro.

Ahora bien, algunos autores emplean, en forma indiscriminada, términos con diferentes connotaciones como la etnicidad y grupos étnicos. Un ejemplo claro de esta actitud lo encontramos en Isajiw (1974: 120), quien propone que "la etnicidad se refiere al grupo involuntario de personas con una cultura compartida". En su concepción, la etnicidad debe vincularse a un proceso de socialización, que sólo se realiza en el seno de grupos en concreto. La concepción así definida causa confusiones al diferenciar etnicidad de grupo étnico. A nuestro juicio, los grupos étnicos o *ethnos* (Bromley 1978) o *cult-unit* (Narroll 1964) no son sino el sujeto o agente *sine qua non*, que materializa o concretiza la etnicidad específica.

De cualquier forma, la posición adoptada por cada autor con respecto a la definición de grupos étnicos en concreto se establece de acuerdo con las perspectivas teóricas que definen, en primera instancia, la etnicidad en cuestión. Por consiguiente, si se concibe la etnicidad por sus atributos estáticos, los grupos étnicos se definirán lógicamente como agrupaciones estáticas con atributos también estáticos. Por ejemplo, el uso de un lenguaje común (Van der Berghe 1975: 72) y una tradición cultural compartida (Mithun 1983: 209), se han considerado como dos elementos medulares para definir a un grupo étnico cualquiera. Esta concepción, como hemos dicho previamente, ha persistido en las escuelas tradicionales. La definición de Narroll (1964) con respecto a su *cult-unit*,

sinónimo de grupos étnicos, expresa elocuentemente esta tendencia. El mismo autor define: "es un grupo que comparte lenguaje mutuamente inteligible, continuidad territorial, organización política, forma de adaptación al medio, estructura de comunidad local, aspecto biológico autogenerativo y sobre todo distribución de rasgos culturales particulares".

Finalmente, algunos autores soviéticos proponen un concepto denominado como organismo etno-social, que constituye una formación sintética compuesta por: las características "etnikas" y por los factores socioeconómicos. Bromley y Arutiunov (1978) introducen el término *etnos* que designa a las comunidades humanas estables e involuntarias que se mantienen por vínculos territoriales e históricos, por un lenguaje y cultura comunes (Bromley 1978: 16). O en un sentido más estrecho, lo definen como una agrupación de personas que comparten una psicología y aspectos culturales específicos relativamente estables. Resaltan la identidad y la diferenciación del resto de los grupos similarmente formados, y exhiben además su *ethnikos* (auto-nominación). Los mismos autores señalan que *etnos* implica una formación compleja; no obstante, le dan una importancia singular al aspecto cultural en la formación étnica, entendida como la suma total de actividades humanas específicas y sus resultados concomitantes. Estos autores califican los factores socioeconómicos, por regla general, como más flexibles que los culturales. Sin embargo, las particularidades de un grupo social se entienden sólo cuando éste se inserta en el contexto histórico de la sociedad de que forma parte; pues un organismo etnosocial pertenece a una formación socioeconómica determinada.

PROBLEMAS ÉTNICOS EN LA ARQUEOLOGÍA REGIONAL

Hasta aquí, hemos tratado de enfatizar la idea de que la realidad étnica, por esencia multidimensional, es un fenómeno social, que debe abordarse no sólo desde diversas perspectivas teóricas, sino también en niveles de generalización variados. Esto, en otras palabras, implica que los enfoques de los estudios etnológicos o sociológicos no necesariamente concuerdan con los arqueológicos, aún más, frecuentemente son inoperante para estos últimos.

En el caso que tratamos aquí, nuestra mayor preocupación es establecer criterios acordes con sus objetivos, es decir, por qué y cómo se forma la multietnicidad en el valle de Toluca. Para ello, partimos de la suposición de que el problema étnico se explica desde una perspectiva político-económica. A nuestro juicio ésta es más acertada para dilucidar este problema en concreto, pues la idiosincracia étnica no se comprende sin entender la dinámica político-económica de la que forma parte constitutiva, y sin concebir las manifestaciones culturales como la concreción de aquélla. Los grupos étnicos se definen sólo por su etnicidad concreta. Así, desde el principio, debemos abandonar el anhelo ilusorio de definir las variables universales, pues simplemente es un intento banal.

Nuestra meta inmediata es acercarnos a la realidad histórica de la cuenca del Alto Lerma durante el periodo Posclásico que abarca desde 1000 d.C. a 1500 d.C. aproximadamente y plantear una explicación congruente e integral que nos permita dilucidar procesos de cambios históricos en la región mencionada. Por tal motivo, las cuestiones en torno a la formación de grupos étnicos tienen una importancia medular. Los grupos étnicos se entienden sólo mediante su etnicidad concreta.

Ahora bien, como arqueólogos debemos estar conscientes de que el universo arqueológico difiere del etnológico o del sociológico. Además, en cada disciplina, cada estudio tiene un universo concreto y delimitado. Los datos que se manejan en la arqueología tienen propiedades particulares y diferentes de los demás campos de estudio.

Los datos arqueológicos consisten fundamentalmente en registros y documentos fragmentarios que el hombre dejó intencional o inconscientemente y, que en el curso del tiempo, se han visto afectados por diversos tipos de perturbaciones postdeposicionales. Cabe señalar, sin embargo, que esto no implica que la información y datos de otras disciplinas como la historia y la sociología estén exentos de esta fragmentación ni sesgos consciente o inconscientemente provocados. En todo caso, hay que ser cautelosos con las variables tomadas de otras disciplinas no necesariamente transferibles a la arqueología. Un ejemplo claro es el uso de la variable-lenguaje y su manipulación específica como un elemento *sine qua non* de la formación étnica (Varese 1978). No obs-

tante, el lenguaje en sí no es una variable idónea para comprender la "etnicidad arqueológica".

En nuestro universo prehispánico, que en su gran mayoría no cuenta con información escrita, se reviste la iconografía de una importancia singular. Pues en ella, queda plasmada una gran variedad de aspectos que nos permiten enriquecer nuestro conocimiento acerca de la etnicidad. Desafortunadamente, los estudios iconográficos en la arqueología son poco profundos en cuestiones étnicas en sí, pues más bien han enfatizado el análisis de aspectos estilísticos e ideológicos y las relaciones económicas y políticas, desvinculados de lo étnico. Así, el cuestionamiento en torno a los problemas étnicos, ha sido frecuentemente soslayado o sobreentendido en la arqueología mesoamericana o, a lo sumo, se ha dado un tratamiento vago y ligero.

Antes de describir los grupos étnicos, concretamente del valle de Toluca, tema que se desarrollará en la segunda parte de este artículo, es fundamental inquirir acerca de su etnogénesis, la que nos permitirá entender los posibles procesos en su formación pluriétnica en concreto. Si consideramos la etnicidad no como un estado estático, sino como un proceso sintético, que tiene una estructura inherente de demarcación dual, entonces el concepto de dicotomía o contraposición entre lo "nuestro" y lo "restante" o entre "nosotros" y "ellos", adquiere una importancia esencial. Es mediante este proceso dual en que se apoya la etnicidad en un contexto determinado y además por este proceso, que se define cualquier fenómeno étnico. En otras palabras, la relación dicotómica es un proceso intrínseco mutuamente condicionante en la formación étnica. En primer lugar, la integridad de "nosotros" tanto en sentido colectivo como individual, se explicita sólo cuando se define específicamente como contraposición a la existencia de "ellos". Al mismo tiempo, sólo la comunidad integrada por los elementos que se identifican como "nosotros" representa una definición positiva y explícita. Esta dicotomía se manifiesta no sólo en las esferas culturales y lingüísticas, sino también en los niveles ideológicos y tecnológicos, así como también en sus conceptos colectivos (Porshnev 1978: 142-143).

En este punto preciso, se destaca la importancia central de las relaciones intergrupales, pues bajo ciertas circunstancias, operan como un agente causal y ejercen presión de índole variada, la que

a su vez, orilla a un grupo determinado a defender su integridad. Esto se lleva a cabo al reafirmar y resaltar la propia identidad étnica. Un estado de tensión, por otro lado, fortalece la idiosincracia del grupo mediante procesos de socialización o de articulación interna. De este modo, el núcleo medular de un grupo se traduce en símbolo de pertenencia a un grupo determinado, aunque cabe aclarar que de acuerdo con el tiempo y el espacio, varían los factores específicos. Por ello, frecuentemente cada grupo étnico tiene su propia versión de la etnicidad.

Partiendo de este supuesto, es imprescindible analizar en qué circunstancias algunos grupos, en vez de fusionarse, retienen su identidad étnica dentro de la sociedad de la que forman parte, o bien, se definen a sí mismos como diferentes del resto. Se ha mencionado que, bajo situaciones estables y sin tensiones en los grupos interactuantes, no se estimula, por regla general, una necesidad imperiosa de fortalecer su capacidad defensiva, y por ende, el sentido de identidad o solidaridad. En circunstancias así calificadas, no fecundan los factores que conducen al hombre a explotar los símbolos específicos de su identidad. En contraste, ante causas múltiples, ya sea políticas, sociales o económicas, las relaciones entre los grupos pueden volverse tensas y conflictivas. Cuando, en consecuencia, peligra la sobrevivencia del grupo, entonces se acelera cada vez más la necesidad de protegerse, manipulándose determinados símbolos a fin de resaltar la identidad del grupo al que se pertenece.

Algunos autores como Gluckman (1965, 1973), Smith (1985: 446) y Horowitz (1985: 137), han planteado que la teoría del conflicto nos ayuda a esclarecer el problema arriba descrito. Se señala que cuando los miembros de dos o más sociedades establecen sus relaciones o contactos, aparecen mecanismos reguladores que ajustan sus interacciones (Gluckman 1965). En el plano empírico, supuestamente, es poco factible encontrar una realidad o contexto histórico en que las fuerzas de dos o más sociedades sean equilibradas. De manera que al aparecer una relación regularizadora, una de esas sociedades asume el poder privilegiado sobre el otro (Schermerhorn 1978: 68, Banks y Gay 1978: 243). En condiciones conflictivas, suscitadas por interacciones desiguales, los grupos pueden estimular vínculos cohesivos por parte de sus miembros,

los que a su vez, funcionan para reducir los mismos conflictos entre los grupos mencionados.

Anteriormente, hemos señalado que la variable político-económica ha tenido una importancia crucial en la conformación étnica. En este contexto, consideramos de gran utilidad retomar lo expuesto por Bate (1984: 56). Dicho autor enfatiza que un grupo humano determinado sobrevive y se reproduce sólo cuando participa en el sistema de relaciones de producción, es decir, de su modo de producción; por otra parte, las diversas formas históricas de comunidad social se organizan de acuerdo a la calidad de este modo de producción (Medina 1983).

A partir de esta perspectiva, es fundamental tener una noción clara con respecto a las características de la estructura socioeconómica de la sociedad de la que forman parte los grupos étnicos. La etnicidad y su proceso de formación no se comprenden sin conocer esta naturaleza y el modo de inserción o integración de cada grupo a la sociedad.

Concebimos la etnicidad como una dinámica dialéctica, resultado de la interacción de factores dicotómicos entre "lo nuestro" y "lo de ellos". En un marco funcional-ecologista, se ha planteado que la estructura de interdependencia de diversos grupos es considerada como factor central que definir relaciones pluriétnicas, pues, sin ella, no habría necesidad de que cada grupo se organizara dentro de sus límites aceptados (Barth 1969: 18-20, Hodder 1979: 446, Despres 1975: 199). Esta estructura de dependencia mutua puede modificarse al surgir cambios desiguales en la distribución del poder, dado que ésta es la que regula las relaciones interétnicas y que, por ende, define sus fronteras (Noel 1968: 158, McGuire 1982: 172-173).

En una región circunscrita por barreras naturales como el valle de Toluca, el crecimiento demográfico interno, resultado de la reproducción poblacional interna y de los flujos migratorios, puede saturar la superficie habitable. El proceso de expansión demográfica comienza, primero, con la ocupación de lugares donde se encuentran mejores condiciones para la vida humana, además, preferiblemente cercanos a los "asentamientos-madres". Con el paso del tiempo y el constante crecimiento poblacional, se saturan aquellos lugares favorables, se va penetrando en las zonas menos óptimas, hasta llegar a habitar en los sitios poco deseables.

Cuando este proceso de expansión-difusión demográfica se extiende en una región determinada, se van dando una serie de asentamientos aglomerados en torno a algún centro o punto focal. Como consecuencia, se van perdiendo las relaciones equilibradas entre los grupos habitantes de la región.

Las pugnas por el control de los recursos limitados pero vitales para la sobrevivencia y proliferación, ya sean las tierras fértiles, el agua u otros elementos, conducen a una relación desequilibrada; se rompen las condiciones de mutua dependencia. El o los grupos que obtengan el control de los recursos codiciados, a costa de los otros, tratarán de mantener su posición y establecerán sus fronteras frente a otros grupos que cohabitan en la misma región. Algunos quedan obligados a habitar las zonas de baja potencialidad.

En circunstancias de tensión y conflicto, tanto los grupos que están en el poder, como los desfavorecidos, tienen la necesidad de mantener una cohesión interna, así como su identidad. Finalmente, madura el proceso de formación étnica. Los que persiguen mantener su posición preeminente y dominar a los otros, exhortan a la supremacía e intentan demostrar que pertenecen a otro grupo diferente del resto. Los otros, a su vez, buscan la cohesión para defender la integridad física del grupo al que pertenecen en contra de los dominantes. Así, se van madurando las condiciones necesarias para la formación pluriétnica.

En pocas palabras, la situación en que varios grupos étnicos se encuentran insertados, aunque de modo diferente, dentro de un sistema social mayor, destaca la necesidad de su identidad étnica al manipular símbolos determinados. Así, en primera instancia, debemos aislar las variables que tengan significado simbólico para luego dilucidar la etnicidad en concreto. Ahora bien, debemos, ante todo, estar conscientes de que nuestro universo se restringe fundamentalmente por la cultura material, recuperada durante el reconocimiento de superficie efectuado en el valle de Toluca. Cabe señalar que las particularidades culturales no sólo denotan la etnicidad y la identidad de cualquier grupo social, sino también pueden expresar las necesidades que subyacen a las relaciones sociales, y así reforzar esa identidad (Hodder 1979, Bate 1984: 62). En otras palabras, la variable "cultura material" puede cobrar una mayor importancia cuando se agudizan la tensión y conflictos en las relaciones sociales entre diversos grupos.

Uno de los factores frecuentemente mencionados que pueden provocar una relación desigual es la lucha por el control de recursos vitales y limitados. Al intensificarse los conflictos por el control de recursos estratégicos y, por ende, agudizarse las relaciones de oposición entre los grupos, se exaltan y manipulan algunos símbolos, que bien pueden ser elementos culturales específicos, para expresar y resaltar la identidad étnica. Pues, como lo señala Bate (1984: 65) con acierto: "si hay algo de común a toda clase o grupo social, del mismo 'orden' de fenómenos que la 'etnicidad', es el hecho de que todos poseen una manifestación cultural distintiva, efecto de la singular historia del desarrollo antecedente de su actual existencia. . . ." Aunque siempre debemos estar conscientes de que "si bien la cultura sería el componente más claramente definitorio de la individualidad étnica, no se trata de la propiedad o calidad esencial como grupo social, sino de su expresión fenoménica (sic)" (Bate 1984: 61).

Los registros arqueológicos transmiten, por principio, códigos incompletos, puesto que son materiales fragmentarios de aquella cultura entendida como "manifestación fenoménica de la identidad concreta u objetiva de un grupo social" y por ende "expresa la formación socioeconómica específica de ese grupo" (Bate 1984: 61). En nuestro caso concreto se trata de los habitantes posclásicos del valle de Toluca. Aún más, los registros arqueológicos sufren y quedan afectados, de alguna forma, por diversos tipos de perturbaciones, sean naturales o culturales, desde el momento en que el hombre los desechó hasta el momento en que fueron recuperados por un arqueólogo. Además, conviene recalcar que el tiempo arqueológico, de hecho, constituye una unidad cronológica bastante burda y que incluso comprende fácilmente doscientos o trescientos años. Así, en la arqueología se suelen manejar como objetos coetáneos los materiales que en realidad difieren entre sí por varios cientos de años.

No obstante estas características restrictivas inherentes a los materiales arqueológicos, como McGuire (1982) señala perspicazmente, los restos arqueológicos expresan primordialmente procesos cotidianos, y por ende, pueden escapar a los problemas que padecen frecuentemente los documentos históricos, ya que son ignorados precisamente por representar aspectos cotidianos y relaciones sociales. Tampoco padecen los mismos tipos de sesgos, a

menudo de corte etnocéntrico, sufridos por los documentos históricos. Estos tienden a resaltar consciente o inconscientemente sucesos históricos considerados importantes o convenientes.

Apoyarse en un solo campo del conocimiento, ya sea en los registros arqueológicos o en los documentos históricos, puede acarrear algunos problemas. Conscientes de ello, este trabajo intenta dilucidar problemas étnicos de la región de la cuenca del Alto Lerma, amparados primordialmente en los registros arqueológicos. Sólo en forma secundaria utilizamos los documentos históricos posconquista y los datos etnográficos actuales.

Hemos recalcado anteriormente que los registros arqueológicos tienen limitaciones propias. Ahora, esto resulta ser aún más apremiante en el caso de la arqueología de superficie. Los datos recabados por reconocimiento a nivel regional, sean cuan intensivos fueren, presentan cierta limitación, tanto cuantitativa como cualitativa, respecto al conocimiento que se obtiene de un sitio determinado: difícilmente se encuentran evidencias acerca de las formas de enterramiento, o los detalles de elementos arquitectónicos, o los tipos de habitación. No obstante, vista desde una perspectiva a nivel macro, se puede minimizar esta limitación inherente al reconocimiento de superficie, puesto que la arqueología regional abarca un universo de estudio mucho mayor que el de sitio. Por regla general, se maneja una región geográficamente delimitada, como fue en nuestro caso. Sólo de esta forma podemos comprender las relaciones interétnicas y fronteras étnicas en un área determinada. En contraste, los datos provenientes de un sitio dado, aunque nos proporcionen información más precisa y más rica acerca de éste, carecen de una perspectiva integral. Por consiguiente, no nos permiten dilucidar el complejo panorama de interrelaciones establecidas por diversos grupos étnicos, coexistentes en una región. Todo ello nos advierte que la arqueología regional es el camino idóneo para el objetivo que tratamos de alcanzar.

Uno de los problemas centrales tratados en este estudio, es precisamente explicar la formación pluriétnica que caracteriza la región de la cuenca del Alto Lerma durante un periodo Posclásico. Ciertamente, los registros arqueológicos no escapan de los problemas para definir qué materiales deben considerarse como indicadores de un grupo social específico. No obstante, autores como Fitzhugh (1972) y Hodder (1979), señalan que teóricamente se

pueden identificar relaciones interétnicas en los registros arqueológicos. Ahora bien, podemos recalcar algunos aspectos que consideramos de una importancia sustancial. En primera instancia, la identidad étnica, como hemos visto anteriormente, se conforma mediante procesos de socialización interna, y éstos, a su vez, se manifiestan en los comportamientos cotidianos de sus miembros. Dado que los registros arqueológicos reflejan primordialmente aspectos cotidianos, es factible identificar correlatos entre actividades y comportamientos que simbolizan la etnicidad de un grupo determinado, en la cultura material identificable por la arqueología. En nuestro caso, la característica de los datos arqueológicos obtenidos por el reconocimiento intensivo de superficie en el valle de Toluca, se circunscribe fundamentalmente a los datos distribucionales de asentamientos y materiales cerámicos. Estos registros arqueológicos no sólo simbolizan, sino también resaltan las relaciones sociales, sobre todo en circunstancias tensas y conflictivas. Conforme a semejantes condiciones, el hombre puede recurrir a algunos elementos de la cultura material para reafirmar su adhesión al grupo al que pertenece.

Por fortuna, el material cerámico es una de las variables sensibles a los problemas antes mencionados. Su potencialidad se manifiesta no sólo por el uso tan variado, que en tiempos prehispánicos abarcó virtualmente todos los niveles de la vida humana, desde el cotidiano y subsistencial, hasta el ideológico; sino también, por su diversidad, tanto espacial como temporal y, su alta perdurabilidad, después de haberse desechado.

En Mesoamérica, el barro ocupa un lugar privilegiado en los registros arqueológicos, por la carencia de otras tecnologías herramientas, como es el hierro. El arqueólogo mesoamericanista encuentra, por doquier, fragmentos cerámicos. De manera que se consideran éstos una de las fuentes más accesibles a los arqueólogos.

A pesar de que tradicionalmente los etnógrafos han mostrado, de tiempo en tiempo, su interés por el estudio de la cultura material, por regla general, sólo la describen con un acercamiento somero o desde una perspectiva diferente de los requerimientos de la arqueología. Aún más, en los años recientes, el interés primordial de la etnología se ha alejado cada día más de los estudios de la cultura material en sí. Esto ha propiciado que en la literatura antropológica, existan deficiencias y carencias de datos pertinen-

tes acerca de la cultura material y su comportamiento, que enriquezca el conocimiento arqueológico.

La frustración e inquietud orillaron a algunos arqueólogos a incursionar en este campo de investigación. Recientemente, esta nueva búsqueda, llamada etnoarqueología, ha motivado a gran número de arqueólogos a realizar estudios específicos de la cultura material actual, pero bajo una perspectiva arqueológica. Los datos así obtenidos tienen un gran potencial como puente analógico, a fin de mejorar nuestro conocimiento del pasado.

Respecto al material cerámico, los estudios realizados en las comunidades alfareras actuales (Sugiura y Serra 1991), advierten que los materiales cerámicos nos permiten profundizar en el entendimiento de la identidad étnica, puesto que en ella está plasmada una gran cantidad de información relevante. Un ejemplo claro es el estudio realizado en cuatro comunidades alfareras del valle de Toluca. Estos pueblos manufacturan principalmente cerámica "utilitaria" como ollas, cazuelas, casos y alguno que otro plato. La encuesta aplicada a los alfareros señala que los patrones consistentes observados en ciertos atributos como formas, procesos técnicos de manufactura, técnicas, motivos y posiciones de decoración, permiten identificar perfectamente no sólo a las comunidades, sino también a los individuos. Estamos aún lejos de realizar este tipo de estudio en el caso de materiales arqueológicos de superficie. No obstante, debemos estar conscientes de que existen, de hecho, variaciones identificables a nivel individual, familiar, comunitario y étnico.

Por su parte, no hay que olvidar que los cambios detectados en la cerámica no necesariamente son correlativos con los que suceden en otras dimensiones de la formación social. Frecuentemente, la cerámica reacciona ante los cambios políticos y sociales de una forma más atenuada o por lo menos gradual. El hecho de que la alfarería, sobre todo la utilitaria, se sitúe en un nivel básico de la formación social, implica que ésta, fundamentalmente, sufre cambios cuando se alteran algunos aspectos cotidianos. Aún más, los cambios que se perciben en la alfarería manifiestan direcciones heterogéneas. Por ello, debemos estar conscientes de que el manejo de los materiales cerámicos en arqueología no elude ciertos problemas.

La cerámica constituye una de las bases técnicas de la so-

ciudad prehispánica, y como tal, sin falsas generalizaciones, podemos aventurar y decir que incide en la esencia de la formación social. En el estudio de Rice (1984: 268-273) acerca de materiales cerámicos de Barton Ramie, en Belice, la autora nos señala algunos aspectos de importancia. De las tres variables: forma, tecnología y decoración, esta última manifiesta la mayor sensibilidad al cambio, mientras que las otras dos variables tienen una estabilidad marcada y una tendencia constante. Consecuentemente, dentro de un complejo cerámico determinado, la cerámica no decorada se mantiene sin grandes modificaciones. Esto probablemente se debe a que la cerámica "utilitaria" conforma una dimensión cotidiana, por ende básica del nivel técnico, y a que ejerce una mayor resistencia a los cambios súbitos que afectan otras dimensiones sociopolíticas.

Dentro de la categoría confusamente definida como "utilitaria", se encuentra el complejo cerámico relacionado con la tradición culinaria del pueblo; es decir, todo un conjunto de objetos que tienen las funciones de preparar, servir, almacenar y conservar alimentos. Algunos autores como Reina y Hill (1978: 231-251), Nicklin (1971) y Rice (1984: 245), han enfatizado el carácter altamente conservador de este tipo de cerámica.

Partiendo de esta aseveración, podemos plantear que los artefactos cerámicos como comales, cazuelas, ollas y platos que forman también parte de la tradición culinaria, presentarían un mayor grado de resistencia frente a cualquier cambio súbito. Rice expone las razones por las cuales un objeto como un cántaro de agua, mantiene esa tendencia conservadora: a) El sabor de agua conservada en el cántaro de barro es conocido y acostumbrado durante generaciones en las comunidades. b) Los patrones motores (Motor-pattern) están condicionados y frecuentemente restringidos no sólo por los recursos naturales disponibles, sino también por su nivel tecnológico. c) Las formas y decoraciones se manejan para expresar la identidad con el grupo y d) En las sociedades tradicionales, estos objetos los utilizaban las mujeres, que, por regla general, están menos expuestas a los cambios novedosos exteriores. Rice apunta estos cuatro puntos al referirse específicamente al caso de cántaros y ollas para cocinar. Sin embargo, consideramos nada descabellado ampliar los mismos argumentos a otros ar-

tefactos que forman parte de la tradición culinaria como comales, cazuelas y en ciertos casos, platos.

Partiendo de la suposición de que la etnicidad es un proceso social multidimensional; intrínsecamente relacionado con el tiempo y el espacio, dimensiones de las que toma una forma específica; su proceso se concretiza mediante el uso particular de símbolos que expresan la idiosincracia del grupo al que se pertenece. Éstos, consecuentemente, no son universales ni estáticos, ya que comprenden desde la cultura material hasta las instituciones ideológicas. Aun dentro de las limitaciones inherentes a la arqueología de superficie, hemos esgrimido los argumentos de que la alfarería, sobre todo la relacionada con la tradición culinaria, constituye el núcleo más arraigado de las "costumbres tradicionales" de un grupo determinado. De manera que, bajo circunstancias de tensión y conflictos entre diversos grupos de poder asimétrico, estos materiales cerámicos pueden servir para exhortar a la identidad y adhesión al grupo. Para ello, es fundamental definir las diferencias en el nivel de las variables como formas, tecnologías y decoraciones, dentro de la tradición alfarera.

Otra variable en la que nos apoyamos es la distribución espacial de los sitios. No amerita una explicación el hecho de que todos los grupos sociales tienen una dimensión espacial. El espacio social se analiza fundamentalmente mediante tres niveles jerárquicos. En el nivel más bajo, se encuentra el micro, que consiste en la conformación espacial dentro de una casa habitación; el nivel intermedio o semimacro comprende un sitio o comunidad determinada y, el tercer nivel, el macro, abarca una unidad de análisis mayor o sea una región determinada.

La arqueología regional como en el caso del valle de Toluca, no es la metodología idónea para el análisis de los niveles micro y semimacro, pues, aunque se efectúe en forma más detallada y minuciosa, no tiene la capacidad de dilucidar patrones espaciales que guarden a cada grupo étnico dentro de una comunidad. Quizá la única forma de aproximarse a esta realidad sería efectuar un reconocimiento intensivo con muestreo de "100%" dentro de un sitio determinado. Aun así, la arqueología de superficie no tiene suficiente potencialidad para esclarecer los problemas étnicos de un nivel micro.

Ahora bien, las concepciones acerca de su dimensión espacial

varían no sólo de grupo a grupo, sino aun dentro del mismo grupo, de acuerdo con el factor cronológico y espacial. En los grupos que se encuentran en un nivel bajo de complejidad social, las concepciones respecto a la sociedad y el espacio, frecuentemente se expresan en la relación de parentesco. Ésta puede funcionar como una entidad abstracta, ya que no representa necesariamente espacios concretos, ni físicamente definidos, sino más bien regiones funcionales socialmente definidas (Soja 1971: 17), donde las relaciones de parentesco organizan sistemáticamente sus interacciones espaciales.

Al ir evolucionando las sociedades, la concepción del espacio se transforma. Dicho de otra forma, entre las sociedades de mayor complejidad, se tiende a formalizar y estabilizar el espacio del grupo con sus fronteras definidas, regulando así las relaciones intergrupales. El ejemplo más claro es el del Estado. La formación del Estado condujo, por primera vez en la historia, a la organización territorial de grupos sociales en términos de regiones formalmente delimitadas. Así, la sociedad humana ha organizado el espacio en mosaicos cambiantes, a través de espacios discontinuos e identificables. Estos últimos estimulan la delimitación de las actividades del grupo, la cohesión y orientación interna y la creación de las barreras para llevar a cabo contactos externos.

De esta forma, la organización política del espacio afecta y refleja procesos básicos de competencia, conflicto y cooperación que operan en todas las sociedades (Soja 1971: 19). La territorialidad, según Soja (1971: 19), nos ofrece "un enlace central" entre el sistema político y el espacio geográfico. En este trabajo, seguimos la definición de territorialidad propuesta por el autor; es decir, la concebimos como "un fenómeno conductual asociado con la forma de organizar el espacio en esferas de influencia o territorios claramente demarcados, diferenciados o considerados, por lo menos, como parcialmente exclusivos por sus habitantes". Obviamente, la territorialidad abarca diferentes escalas y la que nos interesa en este estudio es la regional, donde se manifiestan las interacciones entre grupos heterogéneos en una región determinada, específicamente en el valle de Toluca.

El espacio territorial ejerce, frecuentemente, un mecanismo que contrarresta las pugnas entre grupos. Por otro lado, la creación y defensa de sus "fronteras" estimulan la estabilización de

relaciones sociales, reduciendo tensiones y reforzando ciertas normas de interacción ya establecidas. En todo caso, el territorio espacial es un fenómeno social y la base primordial para la organización política, entendida ésta como "el modo en que el espacio y el hombre se estructuran con el fin de realizar funciones políticas" (Soja 1971: 33). La organización política del espacio, en cambio, constituye la base de la integración social. Todos los sistemas sociales con una estructura política reconocible y ciertas autoridades autónomas sobre un área definida, mantienen alguna forma de territorialidad donde existen puntos, líneas o áreas que exaltan la identidad del grupo y refuerzan el sentido de exclusividad de éste en contra de los extraños.

En este estudio, hemos tratado de profundizar en el concepto "étnico", frecuentemente empleado en la arqueología en una forma inconsciente o confusa. Mediante un análisis retrospectivo, hemos definido nuestra posición frente a este problema tan complejo, pero fundamental. En efecto, el tema es tan amplio y multifasético, que podría abordarse desde perspectivas variadas. En todo caso, para comprender cabalmente el discurso histórico que tuvo lugar, en nuestro caso, durante el Posclásico del valle de Toluca, es necesario esclarecer los procesos de formación pluriétnica. Este valle, aunque conocido como de filiación matlatzinca, fue el espacio de otros grupos étnicos: mazahuas, otomíes y nahuas. Con el fin de explicar este proceso dinámico, considero fundamental esclarecer primero cómo poder acercarse a nuestra realidad pretérita, a nuestro problema étnico del pasado. En este contexto, es poco fructífero implantar o trasplantar, sin previo análisis, las teorías, hipótesis y variables específicas de otros campos de estudio, a nuestra investigación. Para entender nuestro universo de estudio, debemos considerar las características y naturaleza de los datos y registros arqueológicos, en este caso específico, de la arqueología regional de superficie. Así, hemos seleccionado los patrones distribucionales de la cerámica y los sitios, como las variables factibles y adecuadas para comprender o, por lo menos, acercarnos a aquella realidad pluriétnica que tuvo lugar en el valle de Toluca, durante el Posclásico.

ABSTRACT

This is the first of a two part study concerning with concepts such as ethnia, ethnicity and the ethnic group in archaeology, as specifically applied to the Posclassic Period in the Valley of Toluca.

This first part focuses on the theoretical aspects of the problem mentioned above. Based on a retrospective analysis, it describes different theoretical perspectives of the concepts related to ethnic problems. Our principal interest is concerned with the approach to undocumented prehispanic ethnic reality on a regional scale, basically through material culture and settlement distribution, obtained from surface survey. Also, we will propose a hypothesis on ethnogenesis, which will be applied to a case study in the Toluca Valley during the Posclassic Period, a time when a consolidation of multiethnic groups were forming.

BIBLIOGRAFÍA

ALLEN, I. L.

- 1983 Variable White Ethnic Resistance to School Desegregation Italian-American Parentes. Three Connecticut Cities, 1. *Culture, Ethnicity and Identity*: 1-16. Mc. Cready (ed.), Academic Press.

APTE, M. L.

- 1978 Region, Religion and Language: Parameters of Identity in the Process of Acculturation. *Perspectives on Ethnicity*: 223-231. Holloman and Arutiunov (eds.), Mouton. La Haya.

ARUTIUNOV y BROMLEY, Yu. V.

- 1978 Problems of Ethnicity in Soviet Ethnographic Studies. *Perspectives on Ethnicity*: 11-13. Holloman and Arutiunov (eds.), Mouton. La Haya.

BANKS, J. A. y GAY, G.

- 1978 Ethnicity in Contemporary American Society: Toward the Development of a Typology. *Ethnicity V*: 238-251.

BARTH, F.

- 1969 "Ethnic Groups and Boundaries": *The Social Organization of Culture and Difference*. Little-Brown. Boston.

BATE, L. F.

- 1984 *Cultura, clases y cuestión étnico nacional*. Juan Pablo (Colección Principios). México.

BENNET, J. W. (ed.)

- 1975 *The New Ethnicity. Perspectives from Ethnology*. Proceeding of the American Ethnological Society 1973. West Publishing Co. St. Paul. Nueva York.

BONFIL B., G.

- 1981 *Utopía y revolución*. Nueva Imagen. México.

BROMLEY, Yu. V.

- 1978 On the Typology of Ethnic Communities. *Perspectives on Ethnicity*: 15-21. Holloman and Arutiunov (eds.), Mouton. La Haya.

COHEN, R.

- 1978 Ethnicity: Problem and Locus. *Annual Review of Anthropology* VII: 20-28.

DESPRES, L. A.

- 1975 Ethnicity and Ethnic Groups Relations in Guyana. *The New Ethnicity*: 127-147. J. W. Bennet (ed.), West Publishing Co. St. Paul. Nueva York.
- 1975 Toward a Theory of Ethnic Phenomena. *Ethnicity and Resource Competition in Plural Societies*: 187-207. Leo A. Despres (ed.), Mouton. La Haya.

DEVOS, G.

- 1975 Ethnic Pluralism: Conflict and Accomodation. *Ethnic Identity: Cultural Continuities and Change*: 5-41. G. DeVos y L. Romanucci-Ross (eds.), Mayfield Publishing Co. Palo Alto.

DEVOS, G. y L. ROMANUCCI-ROSS (eds.)

- 1975 *Ethnic Identity: Cultural Continuities and Change*. Mayfield Publishing Co. Palo Alto.

DÍAZ-POLANCO, H.

- 1981 Etnia, clases y cuestión nacional. *Cuadernos Políticos* 30. México.

FITZHUGH, W. W.

- 1972 Environmental Archaeology and Cultural Systems in Hamilton Inlet, Labrador. *Smithsonian Contributions to Anthropology* 16.

GLAZER, N. y D. P. MOYNIHAN (eds.)

- 1975 *Ethnicity: Theory and Experience*. Harvard University Press. Cambridge, Massachusetts.

GLUCKMAN, M.

- 1965 *Politics, Law and Ritual in Tribal Society*. A Mentor Book. Nueva York.
- 1973 *Custom and Conflict in Africa*. A Blackwell Paperback. Oxford.

GORDON, M.

- 1964 *Assimilation in American Life: The Role and Race, Religion and National Origins*. Oxford University Press. Nueva York.

GRANDONU, A.

- 1978 Nigeria's 250 Ethnic Groups: Realities and Assumptions. *Perspectives on Ethnicity*: 243-279. Holloman and Arutiunov, Mouton. La Haya.

HAALAND, G.

- 1969 Economic Determinants in Ethnic Process. *Ethnic Groups and Boundaries*: 53-73. F. Barth (ed.), Little-Brown. Boston.

HODDER, I.

- 1975 Economic and Social Stress and Material Culture Patterning. *American Antiquity* XLIV: 446-454.

HOLLOMAN, R. E.

- 1975 Ethnic Boundary Maintenance, Readaptation and Societal Evolution in the San Blas Islands, Panama. *Ethnicity*

and Resource Competition in Plural Societies: 27-40. Despres (ed.), Mouton. La Haya.

HOLLOMAN, R. E. y S. A. ARUTIUNOV

1978 *Perspectives on Ethnicity.* Mouton. La Haya.

HOROWITZ, D. L.

1985 *Ethnic Groups in Conflict.* Univ. y Cal. Press. Berkeley.

HOWARD, M. C.

1980 Ethnicity and Economic Integration in Southern Belize. *Ethnicity* VII: 119-136.

ISAACS, H. R.

1974 Basic Group Identity: The Idols of the Tribe. *Ethnicity* 1 (I): 15-42.

ISAJIW, W. W.

1974 Definitions of Ethnicity. *Ethnicity* I: 111-124.

KHLEIF, B.

1979 Language as Identity: Toward an Ethnography of Welsh Nationalism. *Ethnicity* VI: 346-357.

KNUTSSON, K. E.

1969 Dichotomization and Integration. *Ethnic Groups and Boundaries: 86-100.* F. Barth (ed.), Little-Brown. Boston.

LOCKWOOD, W. G.

1977 *Toward a Theory of Ethnicity: A Working Bibliography on Ethnic Groups and Interethnic Relations in Cross-cultural Perspective, with Supplement Reference to Cast, Nationalism, "Tribe" and "Race".* Council of Planning Librarians. Monticello, Illinois.

LYMAN, S. y W. DOUGLASS

1973 Ethnicity: Strategies of Collective and Individual Impression Management. *Social Research* XL: 344-365.

MCGUIRE, R.

1982 The Study of Ethnicity in Historical Archaeology. *Journal of Anthro Archaeology* I: 159-178.

McNETT, Ch.

- 1970 A Settlement Pattern Scale of Cultural Complexity. *Handbook of Method in Cultural Anthropology*: 872-866. Narroll y R. Cohen (eds.), Natural History Press. Garden City, Nueva York.

MEDINA, H. A.

- 1983 Los grupos étnicos y los sistemas tradicionales en poder en México. *Nueva Antropología*. 20 (V): 5-30. México.
- 1988 La cuestión étnica en México: una reconsideración histórica. *Boletín de Antropología Americana*. 16: 5-20.

MONTAGU, A.

- 1962 The Concept of Race. *American Anthropologist* LXIV: 919-928.

NARROL, R.

- 1964 Ethnic Unit Classification. *Current Anthropology* V: 283-312.

NICKIN, K.

- 1971 Stability and Innovation in Pottery Manufacture. *World Archaeology* III: 13-48.

NOEL, D. L.

- 1968 A Theory of the Origin of Ethnic Stratification. *Social Programs* XVI: 157-172.

OBIDINSKI, E.

- 1978 Methodological Considerations in the Definition of Ethnicity. *Ethnicity* V: 213-228.

PADGETT, D.

- 1980 Symbolic Ethnicity and Patterns of Ethnic Identity Assertion in American Born Serbs. *Ethnic Groups* III: 55-77.

PARSONS, M. H.

- 1975 The Distribution of Late Postclassic Spindle Whorls in the Valley of Mexico. *American Antiquity* XL: 207-215.

PATERSON, R. A.

- 1982 *Ethnic Identity: Strategies of Diversity*. Indiana University Press. Bloomington.

PORSHNEV, B. F.

- 1978 Opposition as a Component of Ethnic Self-consciousness. *Perspectives on Ethnicity*: 139-146. Holloman y Arutiunov (eds.), Mouton. La Haya.

REINA, R. E. y R. M. HILL

- 1978 *The Traditional Pottery of Guatemala*. University of Texas Press. Austin y Londres.

ROBBINS, E.

- 1975 Ethnicity or Class Social Relations in a Small Canadian Industrial Community. *The New Ethnicity: Perspectives from Ethnology*: 285-304. J. W. Bennet (ed.), West Publishing Co. St. Paul. Nueva York.

SALO, M. T.

- 1979 Gypsy Ethnicity: Implications of Native Categories and Interaction for Ethnic Classification. *Ethnicity* VI: 73-96.

SCHERMERHORN, R. A.

- 1974 Ethnicity in the Perspective of the Sociology of Knowledge. *Ethnicity* I: 1-14.
- 1978 *Comparative Ethnic Relations: A Framework for Theory and Research*. The University of Chicago Press. Chicago.

SHIBUTANI, T. y K. M. KWAN

- 1965 *Ethnic Stratification: A Comparative Approach*. Mac. Millan. Nueva York.

SIVERTS, H.

- 1969 Ethnic Stability and Boundary Dynamics in Southern Mexico. *Ethnic Groups and Boundaries*: 101-116. F. Barth (ed.), Little-Brown. Boston.

SKINNER, E. P.

- 1975 Competition Within Ethnic System in Africa. *Ethnicity*

and Resource Competition in Plural Societies: 131-157. Despres (ed.), Mouton. La Haya.

SMITH

1985 Some Developments in the Analytic Framework of Pluralism. *Ethnic Groups in Conflict*. Horowitz (ed.), University of California Press.

SOJA, E. W.

1971 *The Political Organization of Space*. Comission of College Geography, Resource Paper 8, Ass. Amer. Geog. Washington D. C.

SPICER, E. H.

1971 Persistent Cultural System. *Science* CLXXIV: 795-800.

SPICER, E. H. y R. H. THOMPSON (eds.)

1972 *Plural Society in the Southwest*. Interbook Inc. Nueva York.

VALIÑAS C. L.

1986 *La alfabetización y su problemática: el caso mixe*. Tesis de maestría en lingüística. Escuela Nacional de Antropología e Historia. México.

VAN DER BERGHE, P. L.

1975 Ethnicity and Class in Highland Peru. *Ethnicity and Resource Competition: 71-85*. Despres (ed.), Mouton. La Haya.

VARESE, S.

1978 Defender lo múltiple: nota al indigenismo. *Nueva Antropología* 9. México.

WEBER, M.

1968 *Economy and Society*. Bedminister Press. Totowa, Nueva Jersey.